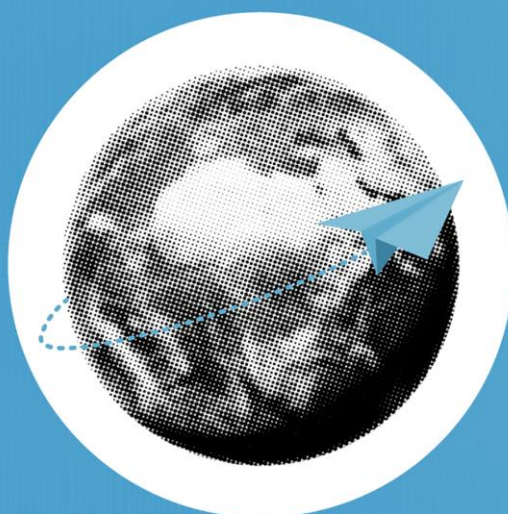


Diego González



HISTORIONES
DE LA
GEOGRAFÍA



A la venta el 26 de marzo de 2025



HISTORIONES DE LA GEOGRAFÍA

DIEGO GONZÁLEZ

**Una colección de anécdotas y episodios sorprendentes de la geografía
que revelan el lado más insólito y fascinante de nuestro planeta
y sus fronteras.**

Cuando uno empieza a estudiar geografía, los países parecen concretos, sólidos y perfectamente ubicados. Pero, cuando haces zoom en el mapa, comienzas a encontrar fronteras difusas, lugares que aparecen y desaparecen, topónimos imposibles, accidentes geográficos que desafían la lógica....

Diego González (fronterasblog.com) nos habla de una localidad con mil fronteras, dos continentes separados por una cuerda azul, una casa que invadió Portugal al ampliar la cocina, un pueblo con un nombre interminable y otro donde celebran tres Nocheviejas en una hora.

La geografía está llena de [historiones](#).





«El mundo es un lugar inmenso. Podría dar las cifras en kilómetros cuadrados o incluso en campos de fútbol, pero llega un punto en el que los seres humanos somos incapaces de procesar números tan grandes, aunque los entendamos. Pero el mundo es un lugar inmenso no solo por sus enormes dimensiones, sino porque contiene infinitos rincones, innumerables matices y una cantidad inagotable de historias. «Quiero ser explorador», decía el pequeño Truman en la película de Jim Carrey de 1998. «Oh, lo siento, cariño, todo está explorado ya», le respondía su profesora mientras ocultaba el mapamundi de clase. Truman no podía salir de su pueblo porque en realidad era un estudio de televisión; nosotros somos más afortunados, pero casi todos viajamos menos de lo que queremos. Este libro funciona como un mapa del mundo, pero en otro formato. Podemos darle vueltas al globo terráqueo hasta pararlo con un dedo y ver dónde ha caído o lanzarle un dardo a un mapamundi y ver dónde acierta. De la misma manera, el lector o la lectora puede [abrir este libro por cualquiera de sus páginas y encontrará una historia excepcional, una frontera insólita, un hecho ignoto](#). Algunos son más o menos conocidos, de otros probablemente casi nadie había escrito aún, pero todos son fascinantes.

Este libro existe por dos motivos. El primero, para que quienquiera que lo tenga en sus manos pase un buen rato. Puedes dejarlo en la mesilla de noche y leer un par de historias antes de dormir, o en el cuarto de baño y así evitar entrar en una espiral de vídeos cortos de veinte segundos. El segundo motivo, para tener presente lo increíblemente amplio, diverso, extraño y maravilloso que es el mundo en el que vivimos. [El libro contiene historias siniestras y tristes, relatos absolutamente gloriosos, héroes y villanos, rarezas y curiosidades. Se trata, en resumen, de un trampantojo de la vida](#). La geografía como concepto existe porque existen los seres humanos, así que está modelada a nuestra imagen y semejanza. Para bien y para mal.

No te entretengo más. Abróchate el cinturón, comprueba que el asiento esté en posición vertical y apaga el móvil. Despegamos». Rubén D. Caviedes

DOS CONTINENTES SEPARADOS POR UN TROZO DE CUERDA

La cuerda es azul y mide unos ochenta metros de largo. En una punta hay una zódiac de las que se ven en cualquier ciudad-balneario llena de esos ingleses del color de las gambas que se lanzan a la piscina desde la sexta planta del hotel. Pero esto no es un resort low cost alimentado por un inagotable caudal de vuelos baratos, sino una playa remota en la costa marroquí, entre Ceuta y Melilla, y la cuerda y la lancha no están para que el guiri suba a Instagram un vídeo haciendo el ridículo sobre unos esquís acuáticos, sino para señalar a partir de dónde no se puede caminar. **Estamos en el peñón de Vélez de la Gomera, la frontera más corta del mundo.**

La primera vez que españoles pusieron los pies en el peñón, este era una isla a poco más de veinte metros del continente. Corría el año 1509 y las tropas del rey Fernando el Católico llegaron al lugar persiguiendo a unos piratas; después de dar cuenta de la mayoría y de poner en fuga al resto, se quedaron allí y fortificaron el peñón. Los turcos se hicieron con él en 1522, pero en 1563 a Felipe II se le hincharon las narices y mandó diez mil soldados para recuperarlo definitivamente. No hizo falta batallar: la disparidad de fuerzas era tal que las tropas otomanas acabaron huyendo y el lugar pasó a formar parte de España, situación que no ha cambiado en el casi medio milenio que ha pasado desde entonces.

Lo que sí que ha cambiado es su condición insular. En 1930 un terremoto sacudió el norte de Marruecos y, del meneo, el fondo marino junto al peñón ascendió un par de palmos y la arena arrastrada por la marea empezó a acumularse entre la isla y la costa. Se acabó formando un puente de arena entre ambos puntos, o, como diría Marisol, un tómbolo (tom-tom-tómbolo). En aquella época, los dos lados del istmo eran españoles, pero cuando Marruecos se independizó en 1956, el peñón, que formaba parte de las llamadas «plazas de soberanía» junto a las Chafarinas, las Alhucemas y el famosísimo islote de Perejil, permaneció bajo control español.

Unas cuantas docenas de soldados de la Comandancia Militar de Melilla son hoy los únicos habitantes del peñón de Vélez de la Gomera, urbanizado casi al cien por cien en sus dieciocho mil metros cuadrados, salvo por el trozo de istmo donde está el helipuerto más fronterizo del mundo, uno de los dos de la fortaleza. Al otro lado de la cuerda que señala el límite entre España y Marruecos suele haber barcas de pescadores y, a veces, críos jugando. Unos metros más allá hay unos chamizos donde parece que vive gente; en uno de ellos es posible tomarse un té mirando a España, como los soldados desayunan mirando a Marruecos. Pero hay algo que ni unos ni otros pueden hacer bajo ningún concepto, y es caminar un solo paso más allá de la cuerda azul. **Esta no solo separa una base militar del resto del continente y la soberanía de un país de la del otro. A un lado el PIB es nueve veces superior y la esperanza de vida diez años mayor que al otro. No solo es un límite entre dos países, sino entre dos mundos y dos continentes.**



LA TIERRA QUE NADIE QUIERE

África está llena de fronteras rectas trazadas con escuadra y cartabón a varios miles de kilómetros de allí. La mayoría son obra de franceses y británicos, que se repartieron el territorio africano (junto con alemanes, portugueses, españoles y el rey de Bélgica) a mediados del siglo XIX, división cuyos excelentes resultados todos conocemos. Uno de los regalos envenenados que el Imperio británico dejó en el continente fue el límite entre Egipto y Sudán, porque lo trazó no una sino dos veces, y ahora, siglo y pico más tarde, cada país quiere que se aplique sobre el mapa la frontera que más le conviene: ambos quieren la costa donde hay petróleo y ninguno la tierra donde no lo hay. Este último lugar se llama **Bir Tawil y es uno de los dos únicos territorios sin reclamar al norte de la Antártida.**

En un informe sobre límites internacionales elaborado por la CIA en 1962 se lee lo siguiente: «La frontera entre Egipto y Sudán cruza un desierto de arena, luego un desierto de piedras, luego otro desierto de arena, el valle del Nilo y luego otro desierto de piedras hasta el mar Rojo». Apasionante. **Un total de 1225 kilómetros donde no hay nada en absoluto** (más o menos como una carretera convencional en la provincia de Albacete, pero con más arena). El límite entre Sudán y Egipto lo establecieron los británicos en 1899 en el paralelo 22 norte, porque en algún lugar había que ponerlo y ese era tan bueno como cualquier otro. Tres años más tarde, sin embargo, decidieron trazar un «límite administrativo» basándose en las tribus del desierto que controlaban los pozos de agua fresca alrededor de la frontera original. Le otorgaron a Sudán una porción de territorio de veinte mil kilómetros cuadrados al norte del paralelo 22, **el Triángulo de Hala'ib**, y a Egipto una diez veces más pequeña al sur, **Bir Tawil**. Y no hubo demasiados problemas porque en aquel momento los dos países eran colonias británicas, así que tampoco es que pudieran oponerse. Pero, claro, luego llegó la descolonización.



A Egipto lo independizaron por las bravas los propios británicos en 1922. Para cortar de raíz el ascenso de distintos movimientos nacionalistas, proclamaron unilateralmente la independencia egipcia, pero fue una independencia de chichinabo: Gran Bretaña se quedó con el control del Ejército, las comunicaciones, las relaciones internacionales y, por supuesto, Sudán, que hasta entonces era oficialmente un condominio entre ocupantes y ocupados.

En 1956 se independizó Sudán, y fue a la hora de ponerse de acuerdo con su vecino del norte sobre dónde empezaba y acababa el país cuando empezaron los problemas. Egipto proclamaba como auténtica la frontera de 1899; Sudán, la de 1902. Ambos codiciaban el territorio al norte del paralelo 22 y rechazaban el pequeño trapecio desértico al sur de esa línea: los dos países se cruzaron cartas en las que, en una muestra de generosidad recíproca, entregaban a su vecino ese pedazo de absoluta nada: Bir Tawil. Por razones que no vienen al caso (guerras atroces, fundamentalmente), **a finales de los noventa Sudán cedió a Egipto el control del Triángulo de Hala'ib, donde, cosas del timing, se encontró petróleo al cabo de seis años. El Gobierno de Jartum reclamó entonces la devolución del territorio, pero El Cairo dijo que nanay. Y así continúan las cosas.**



EL CAJERO AUTOMÁTICO DE LA ANTÁRTIDA

De la estación estadounidense McMurdo parte una carretera de mil seiscientos kilómetros de largo que algunos han bautizado como la Ruta 1 de la Antártida. En el otro extremo del camino se encuentra la [base Amundsen-Scott, exactamente sobre el polo sur](#). Como era de esperar, entre medias no hay absolutamente nada, salvo nieve compactada, que durante el verano permite que vehículos oruga con pesadas cargas circulen entre las dos estaciones. El trayecto puede durar hasta cuarenta días, en función del peso de la carga. Casi seis semanas de blancura deslumbrante en cualquier dirección, en un continente en el que las brújulas se vuelven locas como una swiftie en un concierto de su ídola. La vastedad y la soledad del continente son difíciles de describir con palabras. [Pero incluso allí](#), en ese lugar donde internet llega únicamente a través de satélites y, durante seis o siete meses al año, nadie entra o sale salvo por verdaderas emergencias, [uno puede acercarse al cajero automático de la esquina y sacar cuarenta dólares para pagar al peluquero](#).

En verano, la población de la estación de McMurdo, situada en la costa antártica más próxima a Nueva Zelanda, aumenta hasta las mil personas. Podrían caber hasta mil quinientas, llegado el caso. Un pueblo pequeño, con la particularidad de que casi todo lo que entra o sale de allí lo hace en avión: comida, combustible, medicinas y, también, los billetes con los que la Wells Fargo & Co. rellena los cajeros automáticos. [Hay dos cajeros, que son idénticos, pero solo uno funciona, el otro solo está como respaldo](#); si se estropea el funcional, se utilizan las piezas del otro para repararlo. La empresa propietaria forma cada año a uno de los miembros del personal de la

estación para que mantenga los cajeros en funcionamiento, sobre todo durante los seis meses de invierno, en los que no hay posibilidad alguna de enviar a un técnico.

Las máquinas únicamente dispensan billetes de veinte dólares, que se reciclan una y otra vez: del cajero pasan al bolsillo de los residentes, de allí a las cajas registradoras de los tres o cuatro sitios donde se pueden gastar y, de nuevo, al cajero. Cada dos años, la Wells Fargo & Co. manda a un técnico que pone al día el software de las máquinas y, si es necesario, cambia los billetes por otros menos arrugados.

El bar de McMurdo solo acepta dinero en metálico, lo mismo que la cafetería. Como es una base estadounidense, se utiliza el mismo sistema de propinas que en el resto del país, donde está increíblemente mal visto no dejar una gratificación con la cuenta, porque la mayoría de los camareros solo cuentan con esos ingresos. En la base, obviamente, el personal tiene un sueldo, pero las costumbres son las que son. Y, aunque se puede pagar con tarjeta en otros establecimientos, incluso en otros lugares (como en la cercana estación neozelandesa de Scott, que por supuesto admite dólares), **en la Antártida la conexión a internet no es la más estable del mundo, así que conviene tener siempre a mano un poco de cash, por si las moscas.** Uno nunca sabe cuándo le va a tocar pagar una ronda.

LA CAPITAL MENOS POBLADA DEL MUNDO: CERO HABITANTES

Palaos es uno de esos países que aparecen en los últimos lugares de cualquier clasificación, el típico lugar cuyo único momento de reconocimiento internacional se produce durante la ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos, cuando tres o cuatro atletas recorren el estadio llevando la enseña nacional y todos los espectadores del planeta se preguntan: ¿ese país existe? Pues sí. Y está habitado: dieciocho mil personas con un asiento en la ONU representándolas. **Se trata del tercer país menos poblado del mundo. Lo que está deshabitado es su capital**, que tiene el improbable nombre de **Ngerulmud** y el menor número de habitantes matemáticamente posible: ninguno.

En el mapamundi apenas se ve porque es minúsculo, pero Palaos se encuentra a unos novecientos kilómetros al este de Filipinas, a esa misma distancia al norte de la parte indonesia de la isla de Nueva Guinea y a unos mil doscientos kilómetros al sudoeste de Guam. O sea, en mitad de la nada. Palaos está compuesto por nueve islas habitadas y otras trescientas que no tienen el placer. Su escasísima población disfruta de **la que probablemente es la democracia más excesiva del mundo**: además de un sistema político bicameral, con su Congreso y su Senado (dieciséis y trece miembros respectivamente), **el país se divide en dieciséis «estados»**, figura jurídica que puede asimilarse a lo que en el resto del mundo llamamos municipios. Cada estado tiene su propio gobernador y su propia





legislatura, amén de varios jefes tribales. Casi hay más gobernantes que gobernados.

La Constitución que se promulgó en 1981 estableció que debía construirse una nueva capital en la isla de Babeldaob, la más grande del país, para evitar la concentración de poder en Koror, la capital provisional, que suma dos tercios de la población del archipiélago. Cabe recordar que entre los extremos norte y sur del país hay noventa kilómetros y que Koror está justo en medio, así que cualquier cosa que se construyera no iba a estar muy lejos de la actual capital, pero quiénes somos nosotros para juzgar la Constitución palauana.

La falta de fondos retrasó la construcción hasta el 2000, cuando un préstamo sin intereses de Taiwán, a cambio del reconocimiento internacional por parte del Gobierno de Palaos, permitió iniciar las obras. Estas se prolongaron hasta el 2006 y supusieron una deuda de 45 millones de dólares, unos 2500 por persona. **Y todo para levantar tres edificios, uno de ellos una réplica a escala del Capitolio de Estados Unidos.**

La nueva capital administrativa del país se construyó en los territorios del estado (municipio) de Melekeok, pero no en la parte que ya estaba habitada, como era de esperar, sino en mitad de un monte a tres kilómetros del pueblo. La idea era que con el tiempo se iría mudando gente al lugar, pero la nueva capital está a poco más de treinta kilómetros por carretera de la antigua. De manera que absolutamente **todo el mundo** (senadores, congresistas, empleados y hasta el presidente del país) **sigue viviendo en Koror y solo van a Ngerulmud a trabajar**. Y así fue como Palaos entró en la historia universal gracias a la capital menos poblada y, probablemente, menos necesaria del mundo.

EL PUEBLO DONDE TODO EL MUNDO VIVE EN EL MISMO EDIFICIO

Las noches en Whittier, Alaska, son muy cortas en verano y larguísimas en invierno, sobre todo si el viajero desprevenido intenta llegar al pueblo más tarde de las once de la noche, porque, a diferencia de todas las demás localidades, **Whittier tiene horario de apertura y de cierre**. Situada a poco menos de una hora y media de coche de Anchorage, para llegar a esa población hay que cruzar un túnel de cuatro kilómetros de extensión y un único carril que, para colmo, se comparte con las vías del tren. Cada cuarto de hora, el sentido de la circulación se invierte. Y, cuando llega el tren, el tráfico de coches se corta en ambos sentidos. A las once de la noche, el túnel cierra; quien no lo haya cruzado, tendrá que esperar a las siete de la mañana del día siguiente para hacerlo.

En verano, Whittier es un sitio aceptablemente animado para encontrarse en Alaska. Como es una antigua base naval, tiene un puerto decente, en el que los cruceros de Vancouver pueden atracar para transportar a turistas canadienses a Anchorage a comprar lo que sea típico comprar en Anchorage.⁹ El concurrido puerto deportivo de la localidad se llena de yates y pequeñas embarcaciones y los visitantes se dan paseos por los fiordos, admirados ante la belleza del paisaje.

En invierno es otra cosa: la temperatura media se desploma hasta los veinte grados negativos, **el pueblo queda sepultado bajo metros de nieve y nadie en su sano juicio sale a la calle si puede evitarlo.** Y la gracia es que pueden evitarlo. El bloque de viviendas llamado Begich Towers tiene la particularidad de que la respuesta a «¿dónde está el edificio?» y «¿quién vive en ese edificio?» es la misma. «Whittier, Alaska.»

Desde fuera, las torres Begich son **tres módulos interconectados de quince plantas cada uno;** el típico *commie block* con colorines pastel que pasaría desapercibido en el extrarradio de cualquier ciudad. Por dentro, la cosa cambia. Todos los servicios municipales (el Ayuntamiento, la comisaría, el centro médico) y públicos (la iglesia, la tienda de conveniencia, el notario, la oficina de correos) están en el interior del edificio. La escuela no, pero hay un túnel que la conecta con las torres, así que tampoco hace falta salir a la calle para acudir a ella. Los alumnos pueden ir a clase en pantalón corto y chancas incluso en mitad de una tormenta de nieve. Una piscina climatizada, un hotel, hasta un parque infantil: todo se encuentra bajo el techo en el mismo complejo de viviendas.

¿Quién vive en Whittier y por qué? De los 275 habitantes que había en el 2020, algo menos de medio centenar eran alumnos de la escuela. El resto trabajan fundamentalmente en el ferrocarril, la terminal portuaria, el transporte de combustible y los servicios municipales. **El mayor empleador del pueblo es el Ayuntamiento.** En verano, cuando desaparecen los seis metros de nieve que de media caen cada invierno y aparecen los turistas, buena parte de los habitantes de las torres se mudan temporalmente a las casas que tienen fuera del complejo y alquilan sus pisos por internet.

Con respecto a la pregunta de por qué alguien viviría allí, en casi todos los reportajes sobre la localidad la mayoría de habitantes responden lo mismo: «Aquí todos somos una familia». Whittier es una comunidad como cualquier otra, pero, a la vez, distinta de cualquier otra. Por eso se quedan. Y por lo cómodo que es ir al supermercado en pijama sin salir del edificio, claro



PUEBLOS QUE DEBERÍAN PENSAR SERIAMENTE EN CAMBIAR DE NOMBRE

Los caminos por los que un lugar llega a obtener su nombre son casi tantos como lugares hay en el ancho mundo, pero mayoritariamente se reducen a tres elementos: una característica del terreno, el origen de sus habitantes o el dueño del territorio, ya sea real o simbólico. Ejemplos del primer caso serían Alburquerque (de albus quercus, «encina blanca») o Alicante (del griego akra leuké, «promontorio blanco»); del segundo, Valencia (de valentia, «valentía», porque fue fundada como campamento romano) o París (por los «parisios», una tribu celta prerromana). Del tercero hay ejemplos para aburrir, como Colombia, Bolivia (por Bolívar), Filipinas (por Felipe II) o los estados australianos de Queensland y Victoria, ambos en honor a la reina Victoria de Inglaterra.

Pero a veces uno se queda rascándose la cabeza pensando cómo demonios se habrá llegado a cierta toponimia, digamos, peculiar. En Misuri existe un pueblo llamado **Peculiar**. He aquí su origen: el servicio postal de Estados Unidos le exigió al alcalde «un nombre, no nos importa cuál, pero que sea peculiar». Pongamos por caso **Guarromán**, en la provincia de Jaén, que no tiene nombre de pueblo sino de superhéroe peleado con la higiene corporal. ¿Es un pájaro, es un avión? ¡No, es el superhéroe que se duchó por última vez el día de su primera comunión! La etimología de Guarromán es conocida: proviene del árabe wadi-r-rumman, «río de los granados». En el pueblo se encuentra la sede de la **Asociación Internacional de Pueblos con Nombres Feos, Raros y Peculiares**, que acoge miembros como Peligros (Granada), Buenas Noches (Málaga) o Malcocinado (Badajoz).

Fuera de las fronteras españolas también nos podemos dar un garbeo por lugares que oscilan entre lo hilarante y lo siniestro. La lucha contra el patriarcado tiene en la toponimia varios frentes abiertos: nadie debería juzgar a una mujer por su actividad física. Sin embargo, hay lugares donde el feminismo de tercera ola, por lo que sea, no ha llegado aún. Por ejemplo: **Putá** (a las afueras de Bakú, en Azerbaiyán), **Warra** (en Queensland, Australia), **Golfa** (en Gales), **Cerda** (en Sicilia) y **Zorra** (en Ontario, Canadá). Mención especial para **La Ramera de Arriba** y su prima hermana **La Ramera de Abajo**, en Asturias.

Dentro de la toponimia recreativa merece un espacio propio la onomástica genital. Así, encontramos **Vagina** (en Rusia), **Polla y Pölla** (en Italia y Austria, respectivamente; la italiana es bastante más grande, con cinco mil habitantes frente a menos de mil), **Berga** (Barcelona) y los **Cargados Carajos** (un archipiélago de Mauricio). ¿Qué hacemos con estos pueblos? En Nebraska tienen una idea: **Joder**. Que no es el acto carnal, sino un pueblecito casi deshabitado en mitad de la llanura. Se pronuncia «Yóder», malpensados. Otra opción la plantean desde la isla canadiense de Terranova: **Dildo**, un lugar que ha celebrado tres referendos populares para cambiar de nombre y en todos ellos ha ganado el topónimo actual. En el 2019 incluso instalaron un cartel al estilo del de Hollywood con el nombre del pueblo en lo alto de una colina, sobre el puerto. En todo caso, antes de empezar habrá que hacer lo que indican en el pueblo de **Quitacalzón**, en el departamento colombiano de Bolívar.

Y, si a uno lo rechazan, siempre puede enviar al otro a **Kagar**. Que es un pueblo a una hora y media en coche de Berlín. Junto a él, el lago del pueblo, **Kagarsee**, de aguas límpidas y cristalinas. Y, si al final, por lo que sea, no hay con quien compartir el momento toponímico, siempre se puede recurrir a la mejor de todas las regiones belgas: **Pajottenland**.

CONTENIDOS DEL LIBRO

Qué puedes esperar de este libro

CAPÍTULO 1: VIVIENDO EN EL LÍMITE (INTERNACIONAL)

El pueblo de las mil fronteras
La casa española que invadió Portugal al ampliar la cocina
La frontera más inútil del mundo
Un pueblo en pie de guerra contra las señales de tráfico
Todos los Chipres de Chipre
El hotel donde duermes con la cabeza en un país y los pies en otro
Dos continentes separados por un trozo de cuerda
El huevo frito fronterizo del desierto
El enclave serbio en Serbia y otros juegos de palabras
El Gibraltar portugués
El carril bici belga que parte Alemania en pedazos
Una frontera trazada por una enfermedad
Una frontera europea a un continente de distancia
La isla a la que le creció un apéndice de otro país
La frontera más retorcida de la Tierra
La isla que cambia de país cada seis meses
El trozo de Estados Unidos al que solo se puede acceder desde Canadá
El valle de los enclaves
El pueblo de las gasolineras
El pandemonio de las Nuevas Hébridas
El tratado fronterizo en vigor más antiguo de Europa
Cuando al otro lado de la verja son mucho más ricos
La biblioteca en la que se entra por un país y se sale por otro
La costa más corta (e inútil) del mundo
Las cuatro esquinas del mapa

CAPÍTULO 2: TERRITORIOS IMPROBABLES

Pero ¿cuántos países hay en el mundo?
El país que no es un país, pero forma parte de la ONU
La tierra que nadie quiere
La última república soviética
El último rincón del Medievo en Europa
Una provincia ganada al mar
La tarta más grande del mundo
Flechas contra helicópteros
El reino más pequeño del mundo

El próximo miembro de las Naciones Unidas
La isla del día siguiente y la isla del día anterior
La isla que confunde a las brújulas
Las Maldivas, el archipiélago sin perros
La capital menos poblada del mundo: cero habitantes
El pueblo bajo tierra
Cuando Israel era un país de Oceanía
La isla cuya capital fue engullida por un volcán
El pueblo donde todo el mundo vive en el mismo edificio
El pueblo petrolífero construido íntegramente sobre el mar
El país más importante del mundo, pero que (casi) nadie reconoce
La isla que creó una frontera
El paraíso tropical donde todo el mundo tiene el mismo apellido
Por qué Las Vegas no está en Las Vegas
La isla artificial creada por un meteorito
La nación inventada que es una utopía libertaria

CAPÍTULO 3: «NO ES EL QUINTO PINO, PERO PUEDES VERLO DESDE AQUÍ»

La ciudad donde hay que llevar un rifle siempre que se sale de casa
La piedra donde termina Europa
El árbol más solitario de la Tierra
El cajero automático de la Antártida
Ponerle puertas al campo
El imperio más pequeño del mundo
La isla de la endogamia
La más absoluta de las nadas
La carretera más larga que no lleva a ninguna parte
La isla que deja de serlo dos veces al año
El pueblo al final de la Tierra
Las montañas más altas jamás escaladas
Una isla congelada en el tiempo
La carretera de los huesos
El condado maldito en el que nadie puede entrar
Los humanos más aislados de la Tierra
Aquí sí hay quien viva
La última posesión española en Oceanía
El archipiélago en el confín de la Tierra
La isla de los esclavos olvidados

CAPÍTULO 4: «¿QUÉ HORAS SON, MI CORAZÓN?»

Los días que no existieron (1)
Los días que no existieron (2)

El 30 de febrero
El pueblo de las tres Nocheviejas
El día en que se inventaron las horas
Los vuelos que viajan al año pasado
El pueblo que se inventó su propia hora
Las islas en las que acaba el día
La hora especial y la hora espacial

CAPÍTULO 5: EL NOMBRE DE LA COSA

Pueblos que deberían pensar seriamente en
cambiar de nombre
El mundo entero cabe en Ohio
Vieja Zelanda y Vieja York
San José está en todas partes
Nombres que no se acaban nunca
La toponimia no es lo que era

CAPÍTULO 6: «QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE»

Ciudades en dos continentes
Los cinco continentes, o los seis, o los siete
El país de los infinitos lagos
Las islas que desaparecen cada día
El rey más rey de todos los reyes
La calle más larga del mundo no lo es tanto
El metro más corto del mundo
Cuando los de fuera son más que los de casa
La minúscula isla del Pacífico que tuvo el dominio
más potente de internet
La ciudad que desapareció de los mapas
El país que vive de su dominio de internet
Robinson Crusoe era un bocachanca
El desierto más joven del mundo
El país más alargado de África
Macedonia de Arriba
Los váteres más bellos del mundo

DIEGO GONZÁLEZ nació en Madrid, pero antes de cumplir seis años ya había asistido a escuelas de tres continentes, defraudando al profesorado en cada una de ellas. Quiso estudiar Periodismo, pero no logró la nota necesaria, de modo que optó por la siguiente opción menos útil: Historia. Aquella formación le sirvió para romper el hielo en la cocina de McDonald's o en la sala de teleoperadores. Siempre le han fascinado las historias épicas, curiosas, absurdas o todo a la vez, y considera que la geografía humana está llena de ellas, pues la construyen las personas. Durante casi veinte años ha contado esas historias en el blog Fronteras (fronterasblog.com) y ahora lo hace en el libro que tienes en las manos



HISTORIONES DE LA GEOGRAFÍA

Diego González

Geoplaneta, 2025

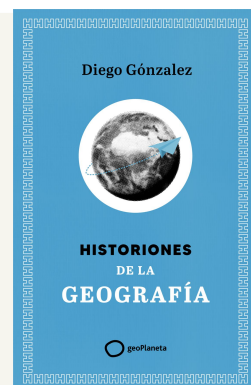
11,5 x 18 cm.

248 páginas

Rústica c/ solapas

PVP c/IVA: 19,95 €

A la venta desde el 26 de marzo de 2025



Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Geoplaneta/ Lonely Planet

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es